

ES

EDITORIAL

De vecinos y ciudadanos

... buscándose la vida y metiéndose en líos, porque a la ciudad se viene a eso, y no a estarse quieto.

Javier Pérez Andújar

En la ciudad y de la ciudad se aprende, de manera práctica, a interactuar con los diferentes y los desconocidos —los que no son familiares o compañeros de trabajo u ocio— personas con las que podemos tejer tramas comunitarias de ayuda mutua (o fronteras infranqueables). Un interactuar que tome la forma de la conversación: entender activamente lo que el otro propone, sus motivos e intenciones, y evaluarlo en referencia a mis propias propuestas, motivaciones e intenciones; transaccionar elaborando síntesis convergentes; o pasando dialécticamente a una respuesta que renueve el proceso de conversación en un bucle con pausas pero sin fin, que va necesariamente modificando a los participantes: de una conversación no se sale exactamente igual que como se entró —de no ser así habremos asistido a un soliloquio autístico.

Podemos aprender una cosa y su contraria, y esa es nuestra libertad, pero la ciudad debe tener intención, voluntad y proyecto para que aprendamos algo específico y definido —y no lo contrario o cualquier otra cosa—, es decir, debe tener voluntad educadora: constructora de ciudadanos, agentes activos de su ciudadanía, de sí mismos, y que compartan los valores de apertura de una moralidad pública de mínimos, fundamentada en la igualdad de derechos y deberes, orientada a mejorar mutuamente la vida de los ciudadanos. Que posibilite la interpelación pautada y pausada entre estos, evitando los conflictos autodestructivos; que garantice el reconocimiento del otro, del diferente, como ciudadano igual.

En las ciudades monocromas, rigurosamente jerarquizadas y estáticas, la articulación educadora era —cuanto menos— clara: ajuste preciso e incuestionado del habitante de la ciudad —todavía no ciudadano— a los espacios, tiempos y funciones establecidos por la imposición autoritaria del poder hegemónico del momento, y ejecutado sincronizadamente por todas las instancias de modelado del sujeto, desde la familia y la escuela hasta la planificación urbana y la producción legislativa. Pero tal tipo de sociedad ya solo existe en las quimeras de los fundamentalismos mesiánicos de todo orden: el poder omnímodo de los míos sobre todos los demás para su salvación: su desaparición como legítimo otro. Diferente en todo y como él mismo quiera, pero igual en derechos y deberes.

Las ciudades hoy ya solo pueden ser abiertas, complejas y dinámicas, por lo que necesitamos redefinir principios y prácticas de creación de ciudadanos ahora claramente obsoletas. El abandono —en el caso español— de la educación cívica en el curriculum escolar en todos los niveles; el énfasis en las narrativas identitarias; la reducción/ desaparición de la crítica humanística ilustrada; la sobreprotección acolchada frente al principio de la realidad y la ambigüedad relativista de lo políticamente correcto —entre otras prácticas— han contribuido dramáticamente a imposibilitar la génesis de unos valores sobre los que construir la moralidad pública antes mencionada y posibilitar una comunidad y un sentido de comunidad, abiertas.

Por otra parte, en nuestras ciudades contemporáneas, la reubicación relativa de los lugares de vivienda, trabajo, estudio, comercio, ocio, etc. han elevado la dependencia de medios de transporte (públicos y privados) y el consiguiente incremento de los tiempos de desplazamiento entre los diferentes lugares de actividad privada. El traslado a la web de los ámbitos de intercambio e interrelación personal están modificando sustancialmente nuestras formas de vivir la ciudad (estar), reduciéndola a lugar de paso y tránsito (cruzar), con el consiguiente abandono de su función histórica de interacción e intercambio: de conversación, de política.

Necesitamos detectar aquellas parcelas de actividad pública que ofrezcan oportunidades educativas orientables en el sentido apuntado; definir la responsabilidad social de las actividades privadas (individuales y corporativas) que pueda igualmente servir para educar a los ciudadanos en la corresponsabilidad compartida en la gestión de sus propias vidas; y redefinir el papel de las diferentes instituciones y de la sociedad civil. Recuperar el debate político



genuino alejado de los mantras vacíos, a los que nos ha acostumbrado la publicidad y la visión del mundo como espectáculo, machaconamente incrustados en todos los ámbitos de nuestras vidas; y remontar el descenso a los infiernos de la demagogia, de la ignorancia y de la mentira en que la democracia corrupta se desprestigia al borde del fascismo: la muerte del ciudadano.

Castelló, octubre de 2016.